

R. 30994

760
7

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1895 Á 1896,

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA,

POR EL

Dr. D. Juan de la Gloria Artero y González

Catedrático numerario de la Facultad

de Filosofía y Letras.

Manuel de Lacalle

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento 245077
N.º Copia 245093



GRANADA

IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA

1895.



Ilmo. Señor:

SEÑORES:

ADMIRABLES son y sorprendentes los adelantos y progresos que se han conseguido en este nuestro grandioso siglo en todos los ramos del saber humano; pero entre los más prodigiosos y dignos de ponderación y encarecimiento deben figurar sin duda, los adquiridos en la ciencia importantísima de la Historia, por consecuencia de las exploraciones y descubrimientos maravillosos verificados en el misterioso Oriente, cuna sagrada de la humanidad. Soterrados en estériles y abandonados arenales se encontraban los restos de civilizaciones y de pueblos que, ó nos eran enteramente desconocidos, pues su memoria se había perdido para nosotros envuelta entre las espesas tinieblas de los siglos anteriores á todo recuerdo histórico, ó los conocíamos imperfectamente, por habérsenos transmitido sus hechos históricos envueltos entre fábulas y mitos peregrinos é inverosímiles, ó en referencias sumarísimas de los más antiguos historiadores.

Pues bien, Ilmo. Señor: Todas estas grandes civilizaciones del antiguo Oriente han recibido una iluminación y esclarecimiento brillantísimos merced á la Ciencia novísima: de tal manera que

los sucesos portentosos que se verificaron en edades lejanísimas en las grandes comarcas fecundadas por los ríos caudalosos de la India, de la Mesopotamia y del Egipto los conocemos hoy con la misma exactitud y certeza que los que se verificaron en las antiguas naciones mediterráneas y casi tan claramente como sabemos los grandes hechos de los modernos tiempos. La vieja Historia de los primeros pueblos se ha hecho nueva y contemporánea, y hoy nos recrean y nos instruyen los hechos de la humanidad en su infancia, de la misma manera que nos alegra y nos enseña la Historia grata y venerada de nuestros inmediatos antepasados.

No son ciertamente para dichos los trabajos y desvelos que á los sábios de nuestro siglo ha costado esta especie de renacimiento ó resurrección de la vida é Historia de aquellos pueblos tan apartados de nosotros. Difícilmente podríamos darnos cuenta de la penosa labor, de los esfuerzos de ingenio, de las penalidades sin fin que ha exigido la exploración de tantos monumentos y de tantas ruinas sepultadas bajo las arenas del desierto hace ya miles de años, y la interpretación de las misteriosas inscripciones encontradas en ellas y que habían permanecido mudas por tantos siglos, no habiéndose sospechado siquiera que pudieran encerrar la historia detallada de tan antiguos pueblos. En efecto ¿quién podía ni remotamente presumir que aquellas figuras raras de animales y otros objetos extraños, pintados con brillantes colores y hasta el presente conservados en las paredes de los templos y de otros monumentos egipcios; y que aquellos clavos ó cuñas, simple adorno ó capricho al parecer, esculpidos en los miles de ladrillos encontrados en las ruinas de las antiguas ciudades persas y medas, caldeas y asyrias, encerraban un mundo nuevo de lenguas y de relatos históricos hasta entonces ignorados, la gran Historia de aquellos países más circunstanciadamente narrada y con datos más remotos y prólijos que los que acerca de ellos encontrábamos en los escritos de Manetón y Beroso, en los relatos bíblicos ó en los clásicos historiadores de la Grecia?

Comenzaron estas investigaciones por la comisión que llevó consigo Bonaparte en su expedición á Egipto en los últimos años del siglo pasado (1798). El francés Champolion fué el primero que consiguió explicar de una manera satisfactoria los jeroglíficos egipcios; y con sus trabajos y los de sus sucesores Lepsius, Brugsch, Wilkinson, de Rouge, Mariett, Chabas y Maspero se ha conseguido rehacer por completo la Historia de las antiguas dinastías anteriores á la dominación persa.

Alentados por tan lisonjero resultado otros sábios dirigieron sus miradas y sus investigaciones á las ruinas de gran número de poblaciones situadas en las orillas del Eufrates y del Tigris, y bien puede asegurarse que el problema más difícil que han tenido que resolver los historiadores modernos ha sido, sin duda, la interpretación de esa extraña y rarísima escritura, llamada *cuneiforme*, en que están consignados los hechos históricos y la ciencia y civilización de los pueblos caldeos, asyrios, medos y persas. Grotefend en 1802 consiguió descifrar la escritura de la antigua Persia, presentando un alfabeto rectificado y completado en 1836 por las investigaciones de Burnouf en Francia y Lassen en Alemania. Algunos años después el inglés Rawlinson perfeccionó de tal manera estos estudios, que los trabajos de Oppert y Spiegel sólo ligeras modificaciones consiguieron introducir en sus primeras traducciones. Los descubrimientos posteriores de las ruinas de Nínive por el francés Botta (1846) y las excavaciones del inglés Layard en Koyoundjik y en Nimrud (1849-51) entregaron al público una gran cantidad de documentos nuevos, que han sido completamente descifrados por Rawlinson é Hincks en Inglaterra y Saulcy y Oppert en Francia. Desde entonces ha sido constante el progreso de la ciencia asyria; se han conocido perfectamente los textos babilónicos, ninivitas y medos, dedicándose últimamente los asyriólogos al exámen de los restos de la antigua literatura caldea.

Como se puede observar por estos datos, en menos de cuarenta años han salido de la oscuridad á la claridad de la ciencia treinta siglos de la Historia de los primeros pueblos de nuestra



raza. Con el auxilio de todos estos trabajos ya nos es dado penetrar en el exámen de la vida íntima de aquellos pueblos, estudiar sus costumbres, su manera de ser y su carácter, para venir en conocimiento de su fin, su misión ó su destino en la Historia y de la influencia que cada uno de ellos ejerció en la humanidad.

A este objeto se dirige nuestro discurso; á exponer el carácter y los rasgos más vivos y salientes de los asyrios, uno de los más interesantes pueblos del antiguo Oriente, indicando á la vez la enseñanza que les debieron los que, por análogas condiciones de carácter, continuaron en otros siglos desarrollando las mismas tendencias y aptitudes.

Las guerras y conquistas acompañadas siempre de violencias y crueldades, son con justicia condenadas por la sana filosofía y por la religión y severa moral cristiana como una de las mayores calamidades que la humanidad ha sufrido en todos los tiempos. Pero las guerras y conquistas subsisten, son un hecho histórico, que, en verdad, ha disminuido mucho por la influencia de la civilización, pero que está muy lejos de haber desaparecido totalmente, y el historiador debe contar con él para descubrir lo que en esos hechos se debe á las pasiones y miserias de los hombres y de los pueblos, y lo que en los mismos hay que referir á la Providencia que guía y dirige los pasos de la humanidad, encaminándola siempre á su mejoramiento y perfección.

Como los salvajes actuales del centro del Africa, los primeros hombres y las primeras tribus debieron de tener por ocupación constante la guerra con sus vecinos por motivos casi siempre fútiles y muy pocas veces por razones verdaderamente justificadas. Pero, como las pasiones que provocan esas luchas, subsisten siempre más ó menos vivas ó amortiguadas en el corazón humano, resulta que esa aptitud ó *facultad*, llamésmola así, guerrera ó militar se ha ido perfeccionando con el tiempo y complicándose y en cierto modo civilizándose con los adelantos y progresos de la humanidad.

No nos hemos de ocupar en este discurso de esos personajes verdaderos géneos de la guerra, que la Historia nos presenta

arrastrando á sus pueblos á conquistas más ó menos lejanas como Alejandro, Anníbal, César y Napoleon. En estas breves páginas nos proponemos examinar la historia de uno de aquellos pueblos, en que el espíritu guerrero y conquistador se halla como encarnado en todos sus habitantes, que constituye su casi constante ocupación, que informa sus costumbres y su vida toda, relegando á segundo término y en cierto modo menospreciando el desarrollo de otras aptitudes y ocupaciones, como la religión, la ciencia, el arte, la agricultura, la industria y el comercio, etc; en una palabra, nos vamos á ocupar del pueblo, que la Historia nos presenta como el primero en el orden del tiempo, dotado de las condiciones y del carácter conquistador, investigando el grado de desenvolvimiento y de progreso á que llevó en aquellos tiempos el arte militar.

El *pueblo asyrio* es una raza de cazadores y de guerreros. Los bajos relieves de sus palacios los representan ordinariamente á caballo, armados con su arco y con su lanza, y á menudo combatiendo cuerpo á cuerpo con el toro salvaje y con el león, animales que por entonces abundaban en su territorio. Eran buenos ginetes, ágiles, valerosos y diestros en las escaramuzas como lo eran en las batallas. Poseían en el más alto grado las cualidades militares, la fuerza física, la actividad, la destreza, la serenidad de espíritu y la bravura imperturbable. Eran, pues, el pueblo físicamente mejor dotado del Asia anterior: tenían menos originalidad que los caldeos, sus vecinos y maestros en la civilización, pero les superaban en mucho por la energía y el valor personal. Al mismo tiempo era el Asyrio un pueblo sanguinario y lleno de violencia, sensual, orgulloso hasta el extremo, y falso y traidor por desprecio á sus enemigos. Pocas naciones abusaron con más insolencia del derecho de la fuerza: ningún pueblo le igualó en ferocidad: sus guerras tenían por móvil casi siempre el placer de la matanza, del robo y del saqueo. Por espacio de algunos siglos, desde el XIII al VII antes de J. C., recorrieron en todos sentidos el Asia occidental, saliendo de sus montañas para arrojarse sobre sus vecinos, reduciendo á la esclavitud pueblos enteros.

Con razón los profetas judíos llamaron á Nínive, “la guarida de los leones, ciudad sanguinaria y llena de pillaje.” Bien puede decirse que, á pesar del brillo y del refinamiento exterior, la Asyria fué siempre un pueblo bárbaro y semi-salvaje.

Aquel pueblo no ofrece á la humanidad y á la Historia otra cosa que guerras y conquistas: las otras manifestaciones de la cultura y civilización fueron allí secundarias y accidentales, y tomadas todas de los caldeos; la sola cosa que le pertenece en propiedad, y en que su originalidad se manifiesta, es la bravura de sus soldados y la crueldad de sus generales. Desde que aparece en la Historia sólo vive por y para la guerra y la conquista; y el día en que, agotada su población por sus continuas campañas, no puede ya levantar ejércitos, ni vencer en el campo de batalla, no tiene razón de ser y de vivir, y desaparece rápidamente de la Historia, si bien dejando útiles enseñanzas en el arte de la guerra, que después se apropiarán los monarcas persas y más adelante los romanos.

Predominando, como acabamos de ver, en la Asyria el carácter guerrero y conquistador, todo lo que con este carácter se relaciona, alcanzó allí gran prestigio y desarrollo, mientras que otras instituciones que le son contrarias, ocuparon siempre un lugar secundario. Esto puede observarse en el desenvolvimiento y la influencia que allí alcanzaron las instituciones religiosas y políticas. La Asyria fué un pueblo, aunque predominantemente guerrero, religioso también á la manera que lo fueron todos los del antiguo Oriente: los reyes asyrios buscan en sus campañas su propia gloria, pero procuran á la vez la glorificación de sus divinidades: combaten por su propio engrandecimiento y por la extensión indefinida de su territorio; pero combaten también por el honor de sus dioses, que las otras naciones rechazan y por extender su culto á todos los países conocidos: sus guerras son de religión á la vez que de conquista: sus divinidades, de las que siempre esperan la victoria, son tan superiores para ellos á las divinidades de los otros pueblos como entendían que el pueblo asyrio era superior á todos los demás.

Pero con tanta piedad y elevando tanto sobre sí mismos á sus dioses, los reyes de Asyria no permitieron jamás que sobre las otras se encumbrara la clase sacerdotal, ni toleraron que ejerciera una influencia preponderante en los asuntos del Estado, como sucedió en Egipto, en la India, en la Media y entre los hebreos. Un monarca asyrio, por el hecho de serlo, era siempre superior á los sacerdotes de Shamash ó de Assur; no así en Egipto, donde los más grandes Faraones se humillaban ante los pontífices de Amón. Confirmando este predominio de la política en Asyria sobre la religión puede notarse que los palacios, como mansión de los reyes, son muy superiores á los templos por su grandeza y decoración, mientras que en Egipto toda la grandiosidad y magnificencia se reservaba para los templos. En los palacios asyrios el rey, sus oficiales, sus mujeres y sus tesoros ocupan más de tres cuartas partes; y los sacerdotes quedan como relegados en un ángulo ó rincón del edificio. La religión y el predominio sacerdotal no se avienen con el carácter conquistador: la política ó el arte de gobernar se amalgama mejor con el espíritu de dominación que distingue á los pueblos guerreros.

En la sencillez de la vida y en la limitación de las facultades en los pueblos primitivos, cada uno desarrolla su actividad en un ramo determinado de la industria humana el más conforme con sus costumbres y con su carácter, para obtener por este medio la satisfacción de sus necesidades. Por lo mismo que el trabajo es considerado como una pena, los pueblos, como los individuos, solo trabajan con la mira del provecho y de la utilidad. Los unos viven de la agricultura y de ella obtienen la satisfacción de todas sus necesidades: otros se aventuran al mar para traficar con los bárbaros, y otros buscan en la industria y en el pequeño comercio un medio de vivir y enriquecerse. Esto mismo sucede con la guerra y la conquista y con los pueblos que hicieron de ella su constante ocupación, cual sucedió en Asyria; pues no es sólo el valor brutal ó el amor desinteresado de la gloria, el que lleva á este pueblo á sus empresas bélicas, sino algo más útil y positi-

vo, el deseo de aprovecharse de ellas y con ellas enriquecerse. La guerra los alimenta, la guerra los viste, la guerra los dispensa de tener una industria, la guerra ocupa para ellos el lugar del comercio, ó mejor dicho, la guerra para los asyrios es una operación comercial en la que ellos ponen soldados y caballos y se proponen ganar todo lo demás.

El soldado asyrio encuentra en la guerra una ocasión propicia de robar y enriquecerse en poco tiempo y se goza de antemano pensando en el éxito de una campaña que no le es dudoso. El botín que recogen los reyes, y de que participan los soldados, explica el amor de aquel pueblo por la guerra y por qué los monarcas han organizado todas las fuerzas del país con el fin exclusivo de la conquista. Se batan en todas partes para llenar sus arcas y para aumentar el tesoro de sus príncipes con las riquezas del mundo entero.

Consideradas así las guerras únicamente bajo su aspecto utilitario, se comprende que los asyrios no necesitaran grandes agravios de los otros pueblos para hostilizarlos. En su carácter orgulloso y en la creencia de la propia superioridad, ellos, como todos los pueblos conquistadores, suponían que los demás les debían estar sometidos, sin reconocerles siquiera el derecho de la resistencia; y cuando esta se intentaba, y á veces sin intentarlo, tomábase como pretexto y causa suficiente para empeñarse en una guerra exterminadora con el pueblo indócil, que se resistía á admitir la sumisión. Los heraldos persas también exigían á los pueblos griegos el agua y el fuego en señal de vasallaje, porque en su orgullo desmedido entendían que el mundo entero era el imperio del gran Rey y que el Sol no debía alumbrar tierras que no le perteneciesen. La historia de Roma nos ofrece así mismo repetidos ejemplos de iguales pretensiones y la misma conducta con los otros pueblos, declarándoles la guerra por los más fútiles motivos y atropellando sin miramiento alguno sus derechos, si bien procuraba revestir sus violencias y sus injusticias con falaces apariencias de legalidad. La Asyria, pues, que fué la primera nación conquistadora, fué también la primera que pensó y

obró con arreglo á su creencia de que todos los pueblos eran súbditos suyos y que, por lo mismo, el intentar la resistencia, el no acatar sus órdenes, el querer vivir en libertad é independencia, era el mayor de los crímenes, y *motivo* más que sobrado para que se les considerase como rebeldes y sacrílegos y se les hiciera una guerra de exterminio y desolación.

Veámos ahora cómo se preparaban las campañas y cómo se organizaban los terribles ejércitos de aquel pueblo de guerreros.

Resuelta y declarada la guerra, los reyes se apresuran á tomar todas las medidas y precauciones necesarias para llevarla á cabo con prontitud, con vigor y energía, que aseguren de una manera indudable la victoria. Sin pérdida de momento se expiden órdenes y parten correos en todas direcciones con cartas secretas y apremiantes para los jefes de las provincias y para los soberanos aliados. Y todo se cumple con presteza y exactitud; nadie pone la más leve resistencia á la voluntad ni al mandato del soberano, como que toda la máquina administrativa está montada para el solo fin de la guerra, porque la guerra, desde hace muchos siglos, es el estado normal de la Asyria. Así no es de extrañar la prontitud con que las tropas están dispuestas á partir á la primera señal y á trasladarse á marchas forzadas de un punto á otro del imperio.

Más cuando en un país se domina por la fuerza, solo por la fuerza se le puede mantener en la obediencia; obediencia que jamás inspira confianza á los dominadores. Esto sucedía precisamente con el imperio asyrio; y como sus reyes lo saben, ordenaban siempre el reclutamiento de las tropas solo en la Asyria propiamente dicha y en los distritos de la Mesopotamia que desde la antigüedad venían perteneciendo á los soberanos de Nínive. Estas tropas constituyen el núcleo del ejército, con cuya fidelidad se puede contar, y á las cuales se incorporan, en caso de necesidad, las que se reclutan entre los súbditos indígenas y las que llevan los príncipes vasallos. Algunos destacamentos de poca importancia acompañan en su residencia á los gobernadores de las provincias; pero el grueso del ejército se encuentra

siempre concentrado en las residencias reales de Nínive ó de Kalakh ó en los cantones de las fronteras, frecuentemente amenazados por los pueblos comarcanos.

Las divisiones repartidas en las provincias permanecen casi siempre inactivas durante las campañas; pues, por temor de una insurrección general, si abandonan el país que ocupan, únicamente se les llama en el último extremo, cuando hay que reparar una derrota ó para llenar los vacíos producidos por una mortífera campaña.

Los pueblos conquistadores antiguos anteriores á Roma, no llegaron á comprender bien la importante misión que desempeñan las conquistas en el desarrollo de la civilización humana. Los asyrios, como sus sucesores los persas, conquistaban con el único fin de dominar, explotar y esclavizar á los vencidos; y no pensaron nunca en asociarlos á su propio destino, ni trataron jamás de establecer con ellos lazos intelectuales y morales, ni de asimilarlos, unirlos y enlazarlos con su propia vida y sus costumbres, identificándolos, en una palabra, con su modo de ser y comunicándoles su religión, su lengua y su administración. Sólo procediendo de esta manera son las conquistas durables y contribuyen eficazmente á extender con ellas la civilización.

Más para llegar á este grado de adelanto y de progreso en la conquista, se requiere un desarrollo de la reflexión, impropio de la infancia de los pueblos, en que sólo dominan los instintos y las pasiones desenfrenadas. Por eso vemos que entre los asyrios solo el lazo de la dominación tenía tan mal sujetos á los pueblos conquistados, que el día en que esa dominación, por cualquier circunstancia, se debilitaba en un punto, al momento los odios comprimidos en el fondo de los corazones, estallaban furibundos y hasta los países que parecían más acostumbrados á la sumisión y más resignados con su esclavitud, no dejaban de rebelarse tan luego como un suceso favorable les ofrecía propicia ocasión de recobrar su libertad.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la Asyria no podía poner más que un ejército en campaña, ni luchar victoriosa-

mente más que con un solo enemigo. Si se veía obligada á dividir sus fuerzas para combatir á la vez con un enemigo extranjero y contra los súbditos rebeldes de una de sus provincias, no podría sostener su esfuerzo por mucho tiempo y tenía al fin que sucumbir. En los primeros tiempos la alianza entre pueblos lejanos para una acción simultánea contra la Asyria, era imposible por la dificultad de las comunicaciones; pero estas, en tiempos posteriores se mejoraron tanto y vinieron á ser tan fáciles y tan rápidas entre las diferentes provincias y aun con las otras naciones, que los reyes y las ciudades amenazadas en común por los asyrios, procuraban y á veces conseguían entenderse para combatir simultáneamente á las tropas ninivitas. Desde entonces la política de Asyria tiene por principal objeto impedir á toda costa la formación de ligas ó alianzas contra ella. Afortunadamente las distancias eran tan considerables entre los coaligados, la impaciencia de los unos tan grande, la lentitud y la indecisión de los otros tan marcada, y además la vigilancia de los asyrios tan activa, que los proyectos y las alianzas mejor combinadas acababan por fracasar. Asyria vence y aniquila á los más atrevidos y logra por el momento conjurar el peligro que le amenaza; pero ese peligro subsiste siempre, porque la coalición vuelve á formarse al día siguiente de cualquier derrota. Si esa coalición consigue alguna vez combinar sus movimientos con la exactitud y precisión necesarias para que sus fuerzas obren de una manera simultánea, necesitará la Asyria que le favorezca mucho la fortuna y poner á contribución todo su valor y su energía, si ha de evitar su total ruina y destrucción.

Imposibilitar, pues, esas coaliciones es el mayor cuidado de los reyes en vísperas de una guerra, y para conseguirlo los correos marchan con instrucciones terminantes para los gobernadores, encargándoles muy especialmente que redoblen la vigilancia y no dejen pasar desapercibido ningún movimiento de las poblaciones sometidas, transmitiendo con la mayor prontitud á la capital las menores señales que puedan observarse de insubordinación. El papel de estos gobernadores es en verdad menos

brillante que el de los jefes que figuran en el ejército, pero no por eso es menos importante, pues, si cada uno en su provincia consigue mantenerla en paz y previene las insurrecciones, ó las reprime antes de que hayan tenido tiempo de afirmarse y extenderse, el triunfo de la Asyria será seguro sobre sus enemigos.

Reclutado el ejército, que ya se halla dispuesto á marchar, y tomadas todas las medidas y precauciones indispensables para impedir las rebeliones de los pueblos subyugados, todavía, antes de emprender la campaña, los reyes de Asyria como sucedía en todos los pueblos antiguos, hondamente preocupados por el éxito que podía tener, se deciden á interrogar á los astros, y á consultar los oráculos para sorprenderles el secreto del porvenir.

La adivinación tan generalizada en la antigüedad, tiene su base y fundamento en la creencia de que los dioses que gobiernan el Universo, se encuentran siempre en comunicación inmediata con los hombres, interviniendo hasta en los actos más insignificantes de su vida. Según estas creencias de los pueblos caldeos y asyrios, el medio más seguro y el más generalmente empleado por las divinidades para comunicar á los hombres sus deseos, eran los fenómenos de la atmósfera y los del Cielo, en cuya interpretación fueron los primeros maestros los babilonios, y de ellos la aprendieron los asyrios.

Desde la más remota antigüedad los caldeos pretendían conocer perfectamente los destinos humanos por el estudio del libro siempre abierto de los cielos. Según ellos, las estrellas tan lejanas de nosotros, no son extrañas á cuanto ocurre en la Tierra; por el contrario son seres animados y dotados de cualidades buenas ó malas, y cuyos rayos, átravesando el espacio infinito, llegan á obrar de una manera eficaz en todos los seres que tocan. Sus influencias se modifican, se combinan ó se anulan recíprocamente según la intensidad con que la manifiestan, según la posición que ocupan en el Cielo, la hora de la noche y el mes del año en que aparecen ó se ocultan debajo del horizonte. Cada porción del tiempo, cada división del espacio, cada categoría de seres y aun cada individuo está colocado bajo el dominio de las

estrellas y sufre su tiranía inevitable. El niño nace su esclavo y sigue esclavo hasta la muerte: la estrella que prevalece en el instante de su nacimiento, viene á ser su buena ó mala estrella que regula mientras vive su destino.

Los pueblos y los reinos están igualmente sometidos á la influencia de ciertos astros que rigen y gobiernan la existencia de sus reyes. Los reinos prosperan ó decaen según la influencia sin cesar renovada que reciben del cielo: la historia de sus desastres ó de su prosperidad pasada, está registrada en la superficie cóncava del Cielo; y la de sus desastres ó prosperidad futura está allí también escrita para quien sabe descifrarla. No sin razón, el Sol y la Luna aparecen alguna vez envueltos en vapores sangrientos; otras se ocultan detrás de las nubes, ó se eclipsan, ó aparecen repentinamente con un brillo extraordinario; otras veces en ciertas noches las estrellas parecen destacarse del Cielo y como llover sobre la Tierra. Estos y otros prodigios semejantes son advertencias que los dioses hacen á los pueblos y á los reyes antes de los grandes acontecimientos. Dichoso el que tiene la vista bastante perspicaz para observarlos, la inteligencia bastante despierta para comprenderlos y la prudencia y la serenidad de espíritu necesaria para amoldar á tales predicaciones su conducta.

En consonancia con estas creencias, el rey de Asyria encarga á los astrólogos que observen todas las noches el Cielo para ver de descubrir los signos que puedan revelarles el resultado de la guerra que próximamente se ha de emprender. Si el estado del Cielo impide las observaciones, las gentes comienzan á desconfiar del éxito de la campaña: si las nubes ocultan la Luna, y Venus se eleva en el horizonte á la vez que el Sol se oculta, es de temer una invasión de los enemigos y un gran duelo para el príncipe. Pero si estos presagios son contrarios á la Asyria, otros anuncian su felicidad; pues la Luna se declara al fin en su favor y anuncia una victoria completa.

Además de los astros, los dioses se valen de otros mil medios, entre ellos el de los sueños, para revelar el porvenir á sus ele-

gidos. Efectivamente la diosa Yshtar revela en un sueño á uno de los *videntes* de su templo la victoria completa de las armas asyrias. Por último, el mismo rey á deshora de la noche se presenta en el templo de la diosa para implorar su protección; ella le contesta: "no temas nada; puesto que te has dirigido á mí con las manos suplicantes y con lágrimas en los ojos, yo extenderé mi gracia sobre tí y sobre tu reino y tuya será la victoria."

La Asyria toda se regocija y se entusiasma con tales presagios. Mas cuando estos son desfavorables, el ejército se desconcierta, decae su valor y se deja vencer por el enemigo: su ánimo desfallece ante la idea de que le son contrarias las divinidades. El éxito depende siempre de la fe que á aquellos guerreros inspiran los oráculos: con saber que los dioses están de su parte, se ha ganado la mitad de la victoria.

El pueblo enemigo emplea los mismos procedimientos y obtiene también presagios favorables. De esta manera la guerra entre los hombres viene á ser á la vez una guerra entre las divinidades. Estas permanecen invisibles en el campo de batalla; pero descienden en medio de la pelea, y amparan y protegen á los jefes con sus cuerpos; y, si pueden, sacrifican á los jefes enemigos. Si vencen, hacen prisioneros á los dioses extranjeros y les exigen tributos; si son vencidos, sufren á su vez la ley del más fuerte.

Un mes entero se emplea en estos preparativos de la guerra. Se han reunido muchos hombres y se han consultado los dioses. El ejército está dispuesto á partir, pero no se emprende la campaña hasta que termine el mes de Abou, que acaba de comenzar, por ser uno de los más desfavorables para el movimiento de las tropas, y hay que esperar al mes siguiente.

Entre tanto, procuraremos examinar la organización militar en la Asyria, causa principal y evidente de sus repetidos triunfos.

Durante la larga historia de sus guerras y conquistas, los asyrios casi no registran una derrota; sus victorias se cuentan siempre por sus campañas. Estos triunfos constantes no se deben

únicamente á su valor personal, muy superior al de los otros pueblos comarcanos, sino más principalmente á la superioridad de la organización de sus tropas. Como aquel pueblo vive por el ejército y para el ejército, es natural que aplicando, por tantos siglos, su actividad física é intelectual á este solo asunto, realizara grandes adelantos y progresos en todo lo que al mismo se refiere, excediendo en mucho á cuanto hicieron y alcanzaron los otros pueblos contemporáneos.

El ejército asyrio era la máquina de guerra mejor montada que se había conocido hasta entonces en el mundo. Los mismos egipcios, en la época más brillante de sus reyes conquistadores, Tutmosis III y Ramsés II no dispusieron nunca de fuerzas tan bien organizadas. Por la superioridad del armamento y de la organización, más que por el valor y la disciplina, los reyes ninivitas consiguieron siempre la victoria sobre los Faraones egipcios.

Mientras estos últimos combatían todavía en su mayor parte sin más arma defensiva que el escudo, los asyrios van, por decirlo así, cubiertos de hierro de los pies á la cabeza. La *infantería* usa picas y arcos; cubren la cabeza con un casco de forma cónica que lleva dos piezas laterales para proteger las orejas; un saco de cuero, recubierto de escamas metálicas sobrepuestas, especie de cota de mallas que defiende la cara y la parte superior de los brazos; un círculo ó ceñidor que les cubre hasta las corvas, y llevan por último una especie de pantalón ajustado y calzado de cuero atado por delante. Tal es el uniforme, ó traje militar completo que usaban los asyrios.

En lo relativo al armamento, usan lanzas de seis pies de largas, terminadas en una punta de hierro ó de bronce; una espada corta suspendida de la cintura y un grande escudo de metal redondo y convexo. Los *arqueros* reemplazan la lanza y el escudo con el arco y el carcax, que suspenden diagonalmente á la espalda. La *infantería ligera* comprende también lanceros, cubiertos con un casco de cimera encorvada, y defendidos por un pequeño escudo redondo de mimbre; y arqueros que no llevan coraza y van asociados á otros soldados armados de hondas, ó

de mazas, ó de hachas de dos filos. La infantería ligera se recluta casi siempre en los pueblos tributarios y llevan su traje nacional.

La infantería asyria se divide en compañías y maniobran con tal precisión y regularidad que admira á los extranjeros. Marchan con una agilidad y rapidez extraordinaria, sin dejar tras de sí ni heridos, ni rezagados: los generales les imponen fatigas tales que harían sucumbir al poco tiempo á los soldados más fuertes de las otras naciones. Atraviesan los ríos por los vados ó sobre cueros inflados; y en los países cubiertos de bosques, cada compañía destaca á vanguardia un cierto número de gastadores que cortan los árboles y despejan el camino.

La *caballería* se divide en dos cuerpos, los carros y la caballería propiamente dicho. El *carro de guerra* asyrio mucho más fuerte y consistente que el egipcio, es arrastrado por dos caballos, á los cuales se une por el costado un tercero que de ordinario no trabaja y que está destinado á sustituir á cualquiera de los otros dos que por accidente se inutilice. Á veces llevan una especie de armadura ó caparazón de tela gruesa que les cubre el lomo, el pescuezo, el pecho y lo alto de la cabeza y cuyas piezas se atan por medio de agujetas.

En cada carro montan siempre tres hombres: un auriga que lo dirige y que se coloca á la izquierda: un guerrero que maneja el arco ó la lanza y un escudero que con un gran escudo cubre ó protege á sus dos camaradas, al guerrero principalmente. Su armamento es el mismo que el de la infantería, es decir, la coraza de escamas, el casco, el arco y la lanza.

Los carros asyrios en las batallas atacan siempre en línea regular y hay pocas tropas que resistan su primer empuje. Cuando un batallón enemigo los ve llegar á escape, con los dardos apuntados y los arcos tendidos, casi siempre se desbanda á los primeros disparos de las flechas y busca su salvación en la huída. Entonces se rompe la línea y los carros se dispersan persiguiendo y aplastando con sus ruedas á los fugitivos. Además, cada carro viene á ser como una fortaleza movible, cuya guarnición lo mismo combate desde lo alto de los muros, que desciende á

tierra para rematar á un herido cortándole la cabeza; ó bien se pone delante de los caballos y allí, bien cubierto por el escudero, atisba cualquier jefe enemigo, lo mata y rápidamente vuelve á montar en el carro.

Desde la más remota antigüedad tienen los carros el lugar más distinguido y de más honor en el ejército: los reyes ó los generales en jefe se reservan siempre el privilegio de mandarlos. Este es el ejército noble por excelencia y en el que sirven los príncipes y los grandes señores.

La *caballería* propiamente dicha desempeñaba en las campañas un papel tan importante como los carros, é igual consideración que á estos le concedían los asyrios. Pero hay que tener en cuenta que su empleo en la guerra no tuvo lugar hasta la época más brillante de la historia de Asyria, en los tiempos de Sargón y de sus sucesores. Los primeros reyes de esta nación, como los Faraones de las principales dinastías egipcias, tuvieron pocos caballos y sólo los usaban para llevar mensajes. Sargón los empleó ya por grandes masas, confiriéndoles en la estrategia la parte importantísima que después han conservado hasta el presente.

Al principio se montaba el caballo en cerro ó sin aparejo: después se le ponía un simple cobertor ó un caparazón complejo análogo al de los caballos de carro. Los caballeros llevan casco y coraza como la infantería de línea, pero no el escudo; y un taparrabo ajustado á las piernas. Por último, unos usan espada y lanza y otros llevan arco y espada.

Al principio cada arquero montado iba acompañado de un criado, montado como él, que guiaba el caballo en la batalla para dejar al otro las dos manos libres. Pero el arte de la equitación hizo después tales progresos, que el criado vino á ser inútil y desapareció de los ejércitos, porque los lanceros y los arqueros aprendieron á conducir sus caballos por la simple presión de las piernas, á correr con las riendas sueltas, descargar su arco al galope, ó bien hacer alto bruscamente y lanzar la flecha, después volver la brida y marchar en otra dirección.

En las batallas se suelen ver tropas de caballería que se acometen á toda brida y se mezclan y se confunden en la pelea, como los regimientos de infantería, hasta que los más débiles ó más cobardes buscan su salvación en la huída. Estas maniobras sin embargo, no podía ensayarlas la caballería asyria, porque los pueblos, sus enemigos, no tenían más caballos que los de sus carros; pero acostumbraba á dar cargas á la infantería y hacía maravillas en la pelea y en la persecución de los fugitivos, explorando los bosques, reconociendo las posiciones del adversario y por último indicando los vados de los ríos y los caminos practicables.

Los asyrios tuvieron que guerrear frecuentemente en países montañosos cubiertos de bosques y siempre consiguieron vencer á sus enemigos, valiéndose de los lanceros y de los arqueros montados. Lo imprevisto de sus movimientos, la rapidez de sus carreras consternaban á los bárbaros; pues cuando más lejanos los creían, se les presentaban en varios puntos á la vez, como si propiamente brotaran de la tierra. Y franqueaban los pasos más peligrosos, robaban las ciudades, incendiaban las mieses y arrasaban los campos con sus caballos, antes de que los enemigos pudieran darse cuenta de su aproximación; y cuando el auxilio acudía, ellos se habían alejado lo bastante para no temer la persecución.

Tal es la organización de la infantería, de los carros y de la caballería de que se compone el ejército asyrio. Á estos elementos sólo hay que añadir un cierto número de *minadores* y de *ingenieros* diestros en la construcción y en el manejo de las máquinas de guerra. La proporción en que están esos diversos elementos es siempre sensiblemente la misma. Por término medio se cuentan cien peones por diez caballeros y un solo carro, resultando así el predominio de la infantería en las campañas asyrias.

Conocida la organización superior del ejército asyrio y la proporción en que se encuentran los componentes que lo integran, examinemos ahora su manera de obrar en los campos de batalla.

Las batallas comienzan siempre por verdaderas escaramuzas, por simples cambios de flechas entre los ejércitos enemigos. Generalizada la acción, los carros de guerra se lanzan unos contra otros y se acometen repetidas veces sin ventajas decisivas para ninguno de ellos. Una nueva carga con ímpetu mayor y más empuje concluye con la resistencia de los enemigos, cuyos carros se dispersan huyendo por la llanura; la caballería los persigue en su huída; el pánico se comunica á la infantería que huye también á la desbandada, ocultándose en el bosque próximo ó arrojándose al río para salvarse á nado en la opuesta orilla. Toda la llanura que ha sido el teatro de la batalla, aparece sembrada de carros rotos, de arcos y lanzas y cadáveres de hombres y de caballos.

Aquí un grupo de arqueros intenta resistir á los caballeros que lo persiguen: más allá un jefe herido y próximo á caer de su caballo, levanta las manos pidiendo gracia á un arquero que le apunta para matarle; más lejos un soldado de infantería remata de un golpe de maza á un enemigo que de rodillas le pide clemencia; otros cortan las cabezas de los enemigos que acaban de matar y las llevan como un trofeo. Los heridos, que pueden mantenerse en pié, se salvan huyendo; y los que no pueden andar procuran arrastrarse hasta un matorral ó un barranco para ocultarse hasta la noche, pues sólo así quizá puedan escapar á la muerte segura que les espera. Los vencedores registran en todos sentidos el campo de batalla, buscando á los enemigos entre los árboles del bosque y en los repliegues del terreno, como si se tratara de una cacería de fieras.

Los adivinos de Nínive, los astrónomos y los videntes tenían razón al predecir la victoria: la diosa Ishtar ha cumplido la palabra que había dado al rey de poner los enemigos á sus piés.

El rey enemigo, viendo perdida la batalla, trata de salvarse huyendo á través del bosque con sus hijos y sus más fieles generales. Manda uno de estos al general asyrio para pedirle una capitulación honrosa, que sabe que no le ha de conceder, pero que con este pretexto intenta distraer á sus perseguidores y ga-

narles alguna delantera. El enviado no consigue ni aún que se oiga su demanda; y, en su desesperación, rompe su arco en el momento mismo en que un soldado levanta la espada para cortar la cabeza. Momentos después otro general enemigo cae herido por una flecha, y como tratara de levantarse, un asyrio con la maza en alto se precipita sobre él; pero no le abandona el valor en aquel momento supremo: no quiere declarar su nombre ni pedir gracia: "Vamos, le dice, corta mi cabeza, llévala á los piés de tu señor y que le sirva de feliz presagio." Dicho esto, presenta enseguida la cabeza y recibe el golpe mortal.

Á los prisioneros de guerra que se cree conveniente conservar, se les coloca aparte bajo la custodia de algunos soldados. Los demás son ejecutados enseguida, para lo cual se les obliga á arrodillarse en largas líneas, con la cabeza inclinada y la espalda vuelta al verdugo; y este con un solo golpe de maza á cada uno, les va aplastando el cerebro.

Cada cabeza cortada vale un elogio y una parte del botín al soldado que la conduce: los *escribas* llevan un registro de las que presenta cada soldado: este arroja las suyas al montón común, después dicta su nombre, indica su compañía y se retira alegre y satisfecho con la esperanza de una recompensa proporcionada al número de sus víctimas.

Los reyes de Asyria nada estiman tanto como la vista de estos trofeos repugnantes. Cuando están en el ejército ellos mismos presiden la recepción de las cabezas y la distribución de los premios concedidos á los soldados: si están ausentes y no es posible llevarles todas las cabezas al lugar donde se encuentran, exigen que se les remitan al menos las de los jefes principales. Los cadáveres de esos mismos jefes quedan abandonados en el campo y al cabo de algunos días las fieras y las aves de rapiña devoran la carne y dispersan los huesos del que tal vez poco antes era un rey.

Un largo convoy de prisioneros abandona el campo de batalla y se encamina á la capital. Muchos de ellos serán ciertamente condenados á la tortura y á la muerte, tales como los generales,

los gobernadores, los nobles y todos los que más se han distinguido por su valor entre los enemigos. Á estos se les conduce encadenados ante el rey, quien raras veces los perdona. Un número mayor pertenece á los soldados y al tesoro público. Allí se ven confundidos algunos hombres, pero la mayor parte son mujeres y niños, los cuales serán vendidos como esclavos, ó servirán en la casa del dueño que la suerte de la guerra les depare. Otros serán más afortunados, porque se les dedicará á cultivar los campos en otras provincias.

La crueldad y la venganza no se ejercen sólo con la personas: pues las estatuas de los dioses y de las diosas, los trajes de telas de oro de los sacerdotes y de las sacerdotisas, todo el material del culto del pueblo vencido, es llevado á la Asyria y consagrado como trofeo en los templos de los dioses nacionales. La cabeza de un jefe enemigo, salada y bien preparada, se cuelga en un árbol del jardín real de Nínive, para que sirva de recreo y regocijo del monarca. Á otros jefes se les unce ó se les ata como bestias al carro de guerra del rey, que se hace conducir por ellos hasta la puerta del templo.

De cuanto acabamos de exponer se deduce la superioridad del arte militar de los asyrios; pero esa superioridad no se refiere únicamente al armamento y á la organización de los ejércitos, sino también muy especialmente á las máquinas de guerra de que se servían para la expugnación de las ciudades.

En los primeros tiempos los reyes de Asyria no tenían otro medio de acometer las plazas muradas más que el rendirlas por hambre, estableciendo un bloqueo riguroso para privarlas de subsistencias; y cuando la resistencia de los sitiados se prolongaba demasiado, había que levantar el sitio, contentándose con haber tomado dos ó tres ciudades y renunciando á apoderarse de las demás.

Así, cuando los habitantes de una ciudad temían verse sitiados por los asyrios, procuraban tomar todas las precauciones necesarias para prolongar lo más posible la resistencia, logrando á veces cansar á los sitiadores, que se ven en la necesidad de

retirarse. A este fin, se obliga á los habitantes del campo vecino á refugiarse en la ciudad, con el trigo, los animales y las provisiones de vino y aceite que posean: los frutos y las mieses se destruyen para privar de recursos al enemigo. Los hombres reciben armas y refuerzan la guarnición; las mujeres preparan el pan y los alimentos: los ingenieros reparan los muros y aumentan las defensas de las torres y de las puertas de la ciudad.

La vanguardia asyria avanza hasta el pié de los muros, y hallándolos bien defendidos, se retira no sin arrojar algunas flechas á los defensores. El comandante de una de las puertas, viéndolos batirse en retirada, se lanza imprudentemente á perseguirlos, siendo su tropa rechazada y derrotada y volviendo en desorden á la ciudad, no sin dejar una docena de hombres en el campo: el mismo comandante es gravemente herido y cae con otra docena de hombres en poder del enemigo. En caso semejante la Asyria no concede nunca cuartel. Se llevan los prisioneros delante de la misma puerta, de donde han salido una hora antes llenos de valor, y allí á la vista de sus conciudadanos que están en las murallas, se les empala vivos, se ponen las picotas en tierra en una sola línea, bastante cercana para que los defensores no pierdan ningún detalle de la agonía de sus desgraciados compañeros y bastante lejos para que una flecha no pueda alcanzar á los pacientes y librarlos con la muerte de sus sufrimientos. Ese horrible suplicio lo empleaban con frecuencia en tiempo de guerra los asyrios.

Si se presume que el sitio de una ciudad ha de durar por mucho tiempo, se comienza por construir en la llanura un campo atrincherado, donde pueda encerrarse cómodamente todo el ejército sitiador: se le hace de forma circular, rodeado de una muralla de ladrillos y flanqueado de torres, como una verdadera ciudad.

Hecho esto, comienzan las operaciones del sitio bloqueando la plaza é interceptando sus comunicaciones con los pueblos inmediatos y procediendo en todo con la misma regularidad y exactitud que preside á toda la organización militar de la Asyria.

Se establece al rededor de la plaza una línea de honderos y de arqueros, cuyo objeto es sostener contra los sitiados una escaramuza constante sin dejarles momento de reposo. Cada arquero va acompañado de un lancero; y, para la defensa de ambos, llevan un escudo grande de mimbre de seis piés de alto. Estas y otras operaciones sólo tienen por objeto fatigar al enemigo.

Acostumbrados á vencer siempre en los campos de batalla, no podían resignarse los asyrios á dejar sin castigo las ciudades rebeldes, cuando el bloqueo no era suficiente para rendirlas. Tuvieron, pues, necesidad de inventar máquinas ó aparatos para destruir las murallas que las defendían. La más común de esas máquinas era el *ariete*, usado, aunque con formas diversas por todos los pueblos antiguos (1).

Los arietes conducidos cada uno por una centena de hombres, se ponen en movimiento y tardan dos días en franquear la corta distancia, que media entre el lugar en que han sido construídos y la muralla; pero en cuanto llegan, comienzan á maniobrar, como para recuperar el tiempo que la lentitud de la marcha les ha hecho perder.

Estos agentes de destrucción se colocan en batería á cierta distancia de la muralla, de manera que vengan á quedar unos frente á una torre y los otros entre dos torres en los puntos más débiles de aquella. Se allana el terreno que han de recorrer y en los sitios en que el suelo no tiene consistencia suficiente, se arregla una especie de enlosado para facilitar su movimiento.

Para maniobrar esta máquina de guerra, á una señal dada, los sirvientes cogen la extremidad de las cuerdas, y tiran todos á la

(1) Entre los asyrios esta máquina de guerra se componía de una viga suspendida por medio de maromas de una armadura de madera; para facilitar su manejo y poderla trasportar con poco trabajo de un lugar á otro, se la colocaba sobre cuatro ó seis ruedas, que permitían acercarla á voluntad ó alejarla de la muralla que se había de combatir. Además se la cubría con una especie de caparazón formado de pieles frescas de buey, ó de una tela espesa de lana que la rodea por la parte superior para protegerla contra el choque de los proyectiles gruesos, y dominado por una especie de cúpula en el punto que están atadas las cuerdas que sostienen la viga batiente.

vez, procurando separar la viga lo más posible para imprimirle un movimiento pronunciado de va y ven. Los primeros esfuerzos son siempre muy penosos, porque la viga con el hierro y el metal que la recubre, representa un peso de mucha consideración. Su movimiento es lento al principio, pero las oscilaciones van aumentando cada vez en amplitud hasta que la cabeza del ariete llega á batir el obstáculo que se le opone. El muro entonces se conmueve, caen algunos ladrillos, los choques se suceden regularmente y se abre al fin la brecha por diferentes puntos á la vez.

Los sitiados procuran inutilizar el ariete ó destruirlo. Arrojan cadenas con nudos corredizos y garfios para coger la cabeza de la viga é inutilizar sus movimientos. Los sirvientes del ariete rechazan estas maniobras de los sitiados, entablándose una lucha que á veces termina en favor de los últimos, rompiendo ó incendiando la viga con antorchas, estopas embreadas y pez ardiendo; pero los sitiadores continúan el ataque sin desanimarse; si un ariete se inutiliza lo componen con una de las vigas que tienen de repuesto y vuelven enseguida á batir la muralla.

Las escuadras de sirvientes se relevan con frecuencia, las flechas se cruzan sin interrupción; los zapadores minan los cimientos de las torres, á fin de no dejar ningún respiro á los defensores y llamar su atención sobre aquel punto. Mientras la lucha continúa encarnizada al rededor de los arietes, una centena de hombres escogidos entre los de más valor, aplican de noche las escalas á la muralla, matan los solitarios centinelas, se apoderan de las torres inmediatas y proclaman la victoria. La guarnición desalentada se retira, desoyendo la voz de sus jefes: forzada una puerta enseguida, se abre un libre camino á los sitiadores, que se extienden por la ciudad; y comienza el saqueo, el incendio de las casas y la destrucción de las murallas.

Vencidos los enemigos en el campo de batalla, tomadas y destruidas sus ciudades, los reyes regresan á Nínive, haciendo su entrada triunfal en aquella capital. Los prisioneros desfilan á la cabeza del cortejo; vienen después los tributos de las naciones

sometidas; terminándose aquel espectáculo con el suplicio de los jefes principales de la rebelión.

Los soldados de los diferentes cuerpos son aclamados por la multitud en las calles de la ciudad; el público se admira de la riqueza del botín cogido á los enemigos. Después de los prisioneros y del botín, marcha el rey en su carro, cerrando la comitiva otros soldados de infantería. La cabeza del cortejo está ya delante del palacio, mientras que los últimos no han franqueado todavía las puertas de la ciudad y se extienden por los arrabales. Los carros y todo el material de guerra de los vencidos abren la marcha; y los caballos y los mulos llevados á la brida y con los arneses como para el servicio. Vienen en seguida los camellos, bueyes y carneros en tanto número que hay que dejar una parte fuera de la ciudad, al cuidado de sus pastores, esperando el momento de repartirlos entre el tesoro y los soldados.

Á las bestias suceden gran número de esclavos, llevando los muebles y objetos preciosos tomados á los enemigos, las estatuas de oro y plata de los dioses, los vasos que servían en los sacrificios, todos los tesoros, en fin, y todas las riquezas de los vencidos. Es tal la grandeza y el valor del botín que se cuentan por miles los lingotes de plata y de oro, de estaño, de hierro y de bronce, los vestidos de lino, de lana, etc. Y todo esto es bien poca cosa en comparación del botín que se recoge cuando el pueblo vencido es una ciudad tan opulenta como Tiro, ó un país tan rico como el Egipto. Así se comprende el amor de los asyrios por la guerra, y por qué los reyes han organizado todas las fuerzas del país con la sola mira de la conquista.

Los prisioneros siguen en columna cerrada á los portadores del botín. Algunos llevan esposas en las manos y grillos en los piés. Sin distinción de rango, ni de sexo todos van confundidos en una misma vergüenza y una misma esclavitud. Los asyrios, como todos los pueblos antiguos, se complacían en torturar á los condenados á muerte antes de ejecutarlos. La muerte simple, por la espada, por la maza, la horca, los suplicios, en fin, que quitan rápidamente la vida, no se miraban como castigos reales;

se creía que tales procedimientos eran un favor que se otorgaba á los condenados. El rebelde y el criminal no tienen derecho á esa indulgencia; y, con este objeto, se procura que saboree en el dolor hasta el fin, y que pida la muerte como un gran bien mucho antes de espirar.

Tales eran los procedimientos que se empleaban con los prisioneros. Las cabezas de los jefes se colocaban en las puertas de la ciudad y todos los que entraban y salían las maldecían y las injuriaban. Unos eran desollados vivos y arrojados después á un horno que los consumía; á otros se complacía el mismo rey en sacarles los ojos; muchos eran lapidados; á otros se les atravesaba el labio con un anillo, como se hace con las fieras; otros, en fin, eran sacrificados en honor de los dioses, cortados en pedazos sus cadáveres, y esos pedazos dispersados por las provincias para hacerles comprender cómo el rey castigaba á los rebeldes. Todos los triunfos asyrios terminaban de esta manera con una larga y horrible carnicería.

Después de tantos y tan repugnantes suplicios, venía la embriaguez del pueblo entero. Era costumbre que todos los habitantes de Nínive, tanto esclavos como libres, comiesen y bebiesen á expensas del rey todo el tiempo que duran aquellas fiestas: por este medio se les daba participación en el botín. Siete días seguidos las puertas del palacio estaban abiertas para todo el mundo: sus departamentos se transforman en salas de banquete donde los esclavos sirven á cada uno lo que pide, admitiéndose á este festín las mujeres y los niños lo mismo que los hombres. Desaparecen por millares los panes, los carneros, las cabras, los bueyes y las aves de todo género. Durante unos días la gran ciudad asyria se torna en una desenfrenada bacanal, por donde se agita ébria y delirante la feroz estúpida muchedumbre. Al mismo tiempo el rey obsequia en su palacio á los nobles y gente principal con los manjares más exquisitos y con ricos vinos perfumados.

Tales eran los públicos regocijos con que acababan todas las expediciones militares de los asyrios. El amor propio y el orgu-

llo plenamente satisfecho con la victoria; las inmensas riquezas adquiridas que permiten después pasar la vida sin los sudores del trabajo pacífico; y, como complemento de todo, las comilonas y la embriaguez brutal y desenfrenada. No podían inventarse estímulos más poderosos para conservar siempre viva la ferocidad y el ardor bélico de aquel pueblo y su entusiasmo constante por las conquistas.

Tal es el estado en que se encuentra el arte militar entre los asyrios unos mil años antes de J. C. Como se ha visto, este pueblo, sin que otro anterior lo aleccionara, desarrolló de tal manera el espíritu militar y conquistador, que muy poco tuvieron que mejorarlo los pueblos que le sucedieron, dotados de las mismas aptitudes, tales como los Persas y los Romanos. Lo mismo en la organización del ejército, que en la perfección de las armas ofensivas y defensivas y de las máquinas de guerra, como en la disciplina y en los procedimientos militares, la Asyria representa el tipo y modelo que con más ó menos propiedad, imitaron todos sus sucesores. Si descartamos algunos detalles de la crueldad con los vencidos, el arte militar asyrio es el mismo que el de los romanos.

Como digimos al principio de este discurso, la religión y la sana filosofía condenan la guerra y la conquista, siempre acompañadas de violencias y crueldades. Pero, sin desconocer su repugnante ferocidad, es preciso admitir y reconocer, que la guerra en los siglos de barbarie proporcionó á la humanidad y realizó el beneficio de aproximar y poner en relación pueblos lejanos que sin ella hubieran permanecido, tal vez miles de años, en el más triste y pobrísimo aislamiento. La Providencia, que dirige la peregrinación del hombre en la Tierra, sabe sacar del mal el bien, y de los horrores de las guerras y conquistas, debidas á las pasiones humanas, la fraternidad y la asociación de los pueblos.

No es esto solo. La cruel é inhumana institución de las castas, que los gobiernos teocráticos en casi todos los pueblos primitivos implantaron, se hubiera perpetuado como en la India, si la



guerra no hubiera venido á destruir aquella desigualdad monstruosa entre los hombres, reemplazándola con la igualdad, aunque con la condición de la esclavitud y el vasallaje propios de los estados despóticos y feudales, donde no se reconoce otra distinción ni superioridad infranqueable que la del monarca, quedando esencialmente iguales todos los súbditos.

Aún hay más. En el orden regular de la vida y de las relaciones humanas, los grandes imperios, constituídos por los pueblos conquistadores, Asyria, Persia y Roma, contribuyeron siempre á desarrollar en grande escala las relaciones pacíficas del comercio; pues, además de borrar ó suprimir los obstáculos y entorpecimientos que en todos tiempos, y hasta hoy, acostumbran poner las naciones en sus fronteras, todas ellas, con miras exclusivamente militares, procuran facilitar las comunicaciones entre los diferentes territorios de su dilatado imperio: y como los conquistadores pasan y con ellos más ó menos tarde desaparecen sus conquistas, el comercio, mensajero de la paz, viene siempre en pos de ellos, valiéndose de aquellas comunicaciones para estrechar más y más y hacer más duraderas las relaciones humanas. Los asyrios para favorecer en sus expediciones militares la marcha rápida de sus ejércitos, facilitaron las comunicaciones en toda el Asia anterior; y, cuando ya apenas se tenía recuerdo de su dominación, los Fenicios seguían aprovechándose de aquellas comunicaciones, para recibir en sus ciudades los productos del mundo entero. Las vías construídas por los Persas, sirvieron también á los Fenicios y después á los Griegos para sus relaciones comerciales. Por último, la inmensa red de vías militares que los romanos construyeron en todas las regiones de su imperio, facilitaron esas mismas relaciones no solo en la antigüedad, sino hasta en la Edad media.

Bendigamos, pues, á la Providencia que hasta de las mayores calamidades nos proporciona grandes beneficios; y de las pasiones bajas é indignas de los hombres, hace que resulten los progresos de la humanidad!

HE DICHO.

